

Un alcalde, un escritor y un prodigio

RECUERDO A ONTAÑÓN

D. Jacinto Ontañón era de rancia familia burgalesa, popularísimo en Burgos y su provincia y muy conocido en la región, en los círculos donde se reúnen intelectuales, literatos y artistas.

Cumplo gustoso el deber de dedicar un recuerdo al ilustre literato, autorizado arqueólogo y castizo periodista burgalés, fallecido hace año y medio.

Era Ontañón, además de esas tres cosas, fundador, propietario, director y redactor del veterano semanario *El Papamoscas*, que está en el año XLI de su publicación.

Desde que este notable periódico burgalés había sido arrendado por una empresa particular, dejé de ver la publicación.

La otra tarde tuve el placer de recibir la visita de la respetable e inteligente señora viuda de D. Jacinto, que había venido a Vitoria para asuntos relacionados con el semanario de que es propietaria.

Con motivo de esta agradable visita, evoqué el siguiente recuerdo del amigo inolvidable.

Esto que voy a decir, sucedió hace muchos años.

Había yo ido a Burgos a tomar parte en unas oposiciones para la conquista de una notaría... que ya estaba *conquistada*.

Era una hermosa tarde de fines de Junio y estábamos sentados en torno de una de las mesas puestas en la acera del café Suizo, un vitoriano, de abolengo aristocrático, abogado acreditado y entonces alcalde interino de la capital burgalesa, D. Rafael de Palacios y López; don Jacinto de Ontañón, también amigo mío, con cuya amistad me favorecí siempre, y mi humilde persona.

Ontañón, con su habitual gracejo de buen gusto, relataba chascarrillos sin cuento y soltaba chirigotas a granel, a las que contestaba donosamente el alcalde, estableciéndose un delicioso pugilato de ingenio entre ambos, alcalde y escritor.

Llevábamos ya buen rato de amena sesión, cuando acertó a pasar por delante de nuestra mesa el jefe de policía de la provincia, funcionario entendido, celoso, severo y simpático a más no poder, terror de la gente maleante. Se acercó a nosotros, y después de los saludos y presentaciones de rigor, dijo a Ontañón:

—Voy a nuestro Círculo (el Venatorio), porque dicen que se juega desesperadamente.

Y Ontañón le interrogó *candorosamente*:

—¿Llevas dinero?

*
* * *

Y vamos, ahora, con el prodigio.

Este es un niño de catorce años, que a los doce, hacía versos lindísimos y escribía correctos artículos, que publicaban los periódicos de Madrid; es el hijo de Ontañón, Eduardo, que ayuda a los redactores de *El Papamoscas* con versos y artículos que se insertan en todos los números de este hebdomadario.

Para que no se diga que incurro en exageraciones, influido por la buena amistad que me unía a su padre, dejo la palabra a un ilustrado escritor, que hace pocos días decía lo siguiente en el periódico burgalés:

«En todos los sitios que frecuento, lo mismo en paseos, que en cafés, que en teatros, y últimamente en Madrid, en donde también es conocida la firma de Ontañón, me han preguntado: ¿Quién es ese muchacho? ¿Es tan joven como dicen? ¿Pero él escribe cosas tan lindas? Y al contestarles diciendo que aún viste de corto, y que aún tenía la encantadora ingenuidad de un niño, hacían un gesto de incredulidad y me llamaban *embustero*.

»Para terminar de una vez ese interrogatorio, pensé y lo llevé a la práctica; tener una charla con el joven escritor, pero no *oficialmente* enterándole de que es para el público, sino particular y oficiosamente para mí, a fin de que no sufriese su modestia y me hablase con confianza absoluta.

»Una tarde pude lograr que fuese de paseo conmigo. Era una de esas tardes otoñales en que todo brinda a meditar y en las que senti-mos que el espíritu se baña en una inefable melancolía.

»—Tú serás burgalés, ¿verdad?—Le dije abordándole.

»—En efecto: soy natural de esta noble ciudad castellana, en donde ví la luz en 1904.

»—¿Me quieres contar algo de tus primeros años en relación con tu amor a la literatura?

»—Ya lo creo. Comencé a escribir a los doce años, pero inconscientemente, sin el menor proyecto literario. Se publicaba en Madrid un periódico infantil el que abrió una sección titulada «Colaboración espontánea». Yo, animado por un amigo, a quien ya le habían publicado dos trabajos, envié un cuentecillo, que mereció los honores de la publicación. Esta circunstancia despertó en mí unas ansias de escribir y hacer versos, terribles, y al mes siguiente compuse un versillo festivo titulado «La maldita censura», y le envié sin firmar a *El Fapamoscas*. ¡Qué sorpresa cuando al domingo siguiente salió! No te puedes dar una idea de lo feliz que fui aquel día, en que no paraba de contemplar mis renglones festivos. Entonces tenía yo doce años. Por lo demás, el que tenga aficiones literarias no tiene nada de particular, criándome, como me he criado, entre cuartillas. Yo leía muchas de mi querido padre, que como sabes, era escritor festivo.

»—Y de altos vuelos—repliqué yo.—¿Cuál te gusta más? la prosa o la poesía?

»—La poesía me encanta. Ahora prefiero la seria, y digo ahora, porque antes siempre escribía en *chunga*. Más

«He cambiado de tal modo
que soy otro diferente.»

»—¿Y tus poetas favoritos?

»—Salvador Rueda, por su ardiente inspiración; Emilio Carrere, por misterioso sortilegio de sus versos, y José Montero, por su limpio y pulido estilo.

»—Y dramaturgos ¿cuáles te gustan?

»—Jacinto Benavente y los hermanos Quintero. Estos me encantan con su ternura.

»—¿Qué artistas te gustan más? La verdad ¿eh?

»—¡Ay! Pues Pastora Imperio. Creo que por eso no tendrá celos el Gallo.

»Reímos ese temor. ¿Tendrás algún proyecto literario, verdad?

»—Pienso publicar varios libros que tengo en *canuto*. Uno de ellos es «Madrileñerías», novelas cortas al estilo de Casero y Mora, además «Camino adelante» y otra que aún no tiene título. No se cual de ellas dará a luz primero.

»—¿Qué vida te gusta más? la de sociedad o la desordenada de literato bohemio?

»—Tediré: me gusta el *todo* que integran ambos.

»Y como viese que le iba a hacer nueva pregunta añadió: ¡Jolín, no eres tu nadie preguntando! Ni que fueras a publicarlo.

»Llegamos por fin al Espolón y nos despedimos con un afectuoso

apretón de manos. Al irse a entrar en casa le llamé para decirle:

—¡Oye! ¿cómo te quisieras morir?

—¡Anda éste! ¡De ninguna manera!»

.

Ya ves, querido lector, que no he abultado en nada la figura de Eduardito Ontañón y, de seguro, te será grato conocer la existencia de esa precoz y estupenda inteligencia de la extraordinaria criatura, cuya preciada existencia merece divulgarse.

JOSÉ COLÁ Y GOITI

Vitoria, Diciembre 1918.

